

VOCES EXPERTAS

Maritchu Seitún

Involucramiento familiar en educación

¿Quién cría, quién educa y quién enseña?



Involucramiento familiar en educación

¿Quién cría, quién educa y quién enseña?

Maritchu Seitún

Cuando hace muchos miles de años educábamos en tribu había varios adultos por cada niño, había también más acuerdo entre los adultos (es que juntos luchaban por la supervivencia del grupo) y había más tiempo de estar cerca para que el ejemplo de esos adultos impactara en los más pequeños, los niños aprendían con sus familias y otros adultos.

Hoy los adultos trabajamos y los chicos pasan varias horas del día en la escuela. Hasta no hace tanto tiempo las familias criaban y educaban a sus hijos y la escuela se ocupaba de enseñarles contenidos a niños y adolescentes, que llegaban a las instituciones escolares ya convertidos en integrantes de la comunidad: respetaban a los mayores y les obedecían, sabían esperar, esforzarse, frustrarse, acatar reglas de convivencia, esperar su turno, etc.. La realidad es que hoy los chicos se escolarizan a edades mucho menores, y muchas de esas tareas se comparten entre familias y docentes, pero de todos modos, aun en los no tan chiquitos hoy los docentes pasan una buena parte de su tiempo educando a sus alumnos para poder luego enseñarles.

Los seres humanos aprendemos por imitación e identificación y lo hacemos con aquellas personas que nos resultan interesantes y significativas. Durante los primeros años de vida los chicos miran a sus familias para ver si les conviene confiar en las personas y los ámbitos nuevos para ellos. Esa respuesta –sus palabras, caras, gestos, silencios– convierte –o no– desde el primer momento a ese docente en especial y merecedor de confianza para el niño. Luego el docente se hace cargo de alimentar la valoración y el interés pero no puede hacerlo sin esa entrega confiada inicial por parte de las familias que habilita la de los hijos.

Por otro lado un niño que en su casa hace lo que quiere, y tiene adultos a su plena disposición, difícilmente quiera ir a la escuela y menos que menos esforzarse por aprender, porque las condiciones del aula no le van a gustar; lo mismo ocurre si no va aprendiendo

con tiempo y paciencia y el ejemplo de sus familias a quedarse sentado en la mesa ratos cada vez más largos, saliendo a medida que crece de la posición de su majestad el bebé. O un niño que comete errores y nunca paga las consecuencias de esos errores tampoco va a querer ir a la escuela ya que en casa lo pasa mucho mejor.

Celebramos en estos días a los docentes, que nos acompañan año tras año en la educación de nuestros hijos. ¡Cómo fueron cambiando en las últimas décadas las miradas hacia los maestros y profesores! Sólo una o dos generaciones atrás lo que decían el docente o la institución escolar eran “palabra santa”, predominaban en las familias la confianza, el respeto y el agradecimiento a docentes y escuelas. Los adultos –familias y docentes– formaban un equipo sólido, sin fisuras, consistente, e infranqueable por los chicos. Eso dio lugar a que fueran posibles algunos abusos y era necesario que algunas cosas cambiaran pero sin darnos cuenta nos fuimos al otro extremo, y lo que ocurre hoy a menudo deja a los chicos sin brújula. Las familias son -o deberían ser- brújula para sus hijos y cuando los dejan en el colegio delegan en los docentes ese rol de brújula, de orientación y de conducción de sus hijos. Cuando las familias no confían tampoco delegan, incluso a veces le restan autoridad a los docentes (“no sabe nada”, “¿qué se mete?”, “ella no te manda” y otros similares) por lo que los chicos andan “desbrujulados” por aulas y recreos, sin un adulto que les sirva como referente durante las horas en que está lejos de casa y de sus familias. Es difícil para ellos mirar, escuchar, respetar y tener deseos de aprender de alguien a quien las propias familias no respetan ni valoran.

Al ir cayendo la confianza de la gente en las formas clásicas de criar y educar, muchas familias dejaron de apoyarse en sus propias familias y en su experiencia y lo mismo ocurrió con los colegios y los docentes de sus hijos. Se complicó más aún en el transcurso de la pandemia ya que las familias estuvieron durante un largo tiempo presentes en el aula y, muy a menudo, en lugar de armar equipo, sumarse a los intentos de los maestros, ofrecer su ayuda y colaborar, ellos perdieron la confianza y, lo que es más grave, transmitieron a sus hijos esa falta de confianza en sus maestros.

No busco que las familias callemos nuestros desacuerdos sino que vayamos al colegio de nuestros hijos a conversar para aportar: hablar entre adultos, ofrecer ideas o ayuda, colaborar, sumar, eventualmente pedir ayuda, o, si no lo logramos, poner a nuestros hijos en otra escuela que comparta nuestra cosmovisión y en la que sí podamos confiar.

Cuando, en cambio, entramos enojados, a criticar y quejarnos, sin darnos cuenta forzamos a los directivos o al docente a ponerse a la defensiva, y entonces no puede escucharnos, y nosotros tampoco estamos abiertos a escuchar. Nos vamos a quejar sin darnos cuenta de que, por la forma de expresarlo, ese reclamo se convierte en parte del problema, porque es muy difícil que alguien nos escuche cuando se siente bajo ataque. En cambio es enriquecedor para todos lo que se logra cuando desde ambos lados se busca escuchar, consensuar, entender, cuando los adultos pueden juntarse para buscar lo mejor para los chicos.

El reconocimiento del valor y el respeto hacia el docente, incluso el agradecimiento y la admiración –que no necesitan ser ciegos ni absolutos– son fundamentales para que los chicos puedan abrirse a interesarse, atender y aprender. Lo mismo que pasa a los adultos,

para ellos tampoco hay crecimiento ni aprendizaje posible cuando están a la defensiva, o en alerta, ellos necesitan tranquilidad y confianza. Y a eso se agrega otra tarea del hogar: que lleguen al aula bien descansados, bien alimentados y tranquilos de que en casa todo está relativamente bien.

No sólo transmitamos a nuestros chicos nuestra confianza en los cuidadores y docentes a cuyo cuidado los dejamos, sino también **deleguemos en ellos nuestra autoridad**: cuando eso no ocurre es muy difícil para esos adultos hacerse cargo ya sea de cuidar o de enseñar.

Qué podemos hacer hoy las familias:

- favorecer el juego en casa para que aprendan a esperar, esforzarse, experimentar, investigar en casa y en temas que les divierten, para tener herramientas que puedan usar en temas más áridos, como Lengua o Matemática;
- valorar ante nuestros hijos la importancia de aprender;
- acompañarlos a procesar sus preocupaciones, miedos, enojos, para que lleguen a la escuela lo más “livianos” posible y con disposición y confianza para quedarse, aprender, hacer nuevos amigos, hacer deportes, etc.
- ofrecer a nuestros chicos un entorno seguro para que, al no estar a la defensiva en casa, puedan no estarlo tampoco en la clase y estar abiertos a confiar, escuchar y aprender;
- escucharlos cuando vuelven, sin alarmarnos demasiado, interesados en lo que aprendieron y en sus alegrías y preocupaciones, sin sobre-dimensionarlos ni –en el otro extremo– restarles importancia;
- aceptar sus errores como parte del aprendizaje y conversarlos con ellos, sin enojarnos ni “salvarlos”;
- armar equipo con la escuela llevando nuestras inquietudes y dudas, en lugar de nuestros reclamos airados;
- armar equipo con otras familias para unificar criterios en infinidad de temas, en beneficio de los chicos: tipo y estilo de cumpleaños, edad para la pijamadas, o para darles un celular, horario para usar consolas y tipo de juegos, etc.

En este mes del maestro quiero decirles un enorme ¡¡gracias!! a todos esos maravillosos docentes, que con entusiasmo y enorme flexibilidad se acomodaron a las distintas circunstancias en los difíciles años de pandemia, ya fuera detrás de una pantalla o repartiendo alimentos y hojas impresas casa por casa para que sus alumnos siguieran aprendiendo; docentes que, en cuanto pudieron, recibieron de nuevo a los chicos en sus aulas dispuestos no sólo a nivelarlos en los contenidos académicos sino a acompañarlos a sanar sus heridas de pandemia, inseguridades, tristezas, angustias, miedos, ansiedades, problemas para sociabilizar, temas atencionales y de concentración, y muchas otras dificultades que hoy siguen sin terminar de resolverse. Docentes que “por ver grande a la patria” luchan, ya no con la espada pero sí en cambio “con la pluma y la palabra” como dice el himno a Sarmiento.

